

—No sin estrechar tu mano antes, dijo Adrián acercando el caballo á la ventana.

Ella se la tendió por entre las rejas, é inclinándose Adrián se la besó, y luego partió como un relámpago, en tanto que Pedro corría tras él disparándole los demás tiros de la pistola.

La alarma cundió luego en todo el pueblo, y principalmente entre los soldados, que se apresuraron á reunirse en la plaza, en donde tenían su cuartel. No eran cien, sino veinticinco, y de éstos estuvieron montados en unos diez minutos, cosa de una docena.

Pedro que llegó á donde estaban, casi sin alientos, montó en el primer caballo que le presentaron y se puso á la cabeza de su tropa.

Iban á trote largo por el rumbo que creyó debía seguir Adrián, cuando vió venir por el lado opuesto á un ranchero montado en un caballo flaco.

—¿Encontraste á un hombre que va corriendo en un buen caballo? le preguntó Pedro.

—Encontré dos, mi amo, le contestó el ranchero, y allí en la orilla están esperándolos cosa de cincuenta.

—¡Maldición! exclamó Pedro, ha vuelto á escapárseme; pero mañana lo perseguiré hasta exterminarlo.

Entre tanto Adrián y Tomás se incorporaron á sus diez hombres que les esperaban en el mismo sitio que el primero había designado.

—Hemos escapado de buena, dijo entonces Tomás respirando á plenos pulmones.

—Todo por mi amada, le contestó Adrián en medio de un suspiro.



CAPITULO XXXI.

Nueve pronunciamientos.

TIEMPO es de que volvamos á la Capital, para que se nos den allí las noticias de inesperados acontecimientos.

En una noche del mes de Enero de 1859, bastante fria, estaban reunidos en la casa del comerciante don Alejo Rincón, con su familia, las de su hermano don Néstor y el abogado don Domingo Benavides que había llegado al obscurecer, con sus dos hermanas, personas todas que ya fueron presentadas á los lectores en otra parte de esta relación.

No habiendo costumbre de encender fuego en las habitaciones, aunque estuviera helando, lo que habían hecho era cerrar las vidrieras de la sala herméticamente y sentarse todos muy juntitos en torno de una mesa redon-

da donde había un candelabro con cinco velas de esperma, mientras que en dos consolas retiradas se veían dos lámparas de aceite despidiendo una luz mortecina.

—Por más grandes que sean tus deseos de que termine la guerra, dijo el comerciante don Alejo Rincón á su hermano Néstor, y que son también los míos, no veo muy despejada la situación.

—Ya todo hubiera terminado, exclamó Néstor con ímpetu, si el condenado de Echeagaray no hace en Ayotla su destornillado pronunciamiento.

—No fué tan destornillado, insinuó el abogado Benavides, supuesto que logró cambiar la situación sin que se derramara una gota de sangre.

—Porque Zuloaga tuvo miedo y no quiso defenderse.

—¿Pero con qué se defendía Zuloaga, si no le quedó ni un soldado?

—El supo á tiempo lo que se tramaba por el general don Manuel Robles Pezuela, actual encargado del poder ejecutivo; pero no quiso meterse en nada para no contraer responsabilidades. ¿Cómo no lo había de saber yo estando en su secretaria particular?

—Pues á tí te tuvo cuenta que cayera Zuloaga, porque ascendiste con Robles Pezuela, dijo doña Amparo la mujer de Néstor.

—Sí, obtuve un ascenso como casi todos; pero ese ascenso anda en el aire mientras no venga Miramón y pronuncie la última palabra. El ascenso hubiera sido más seguro sin tantos pronunciamientos.

—Yo no estoy muy enterada, dijo Refugio la mujer del comerciante don Alejo, ¿cuántos pronunciamientos dicen ustedes que hubo?

Benavides fué el que contestó diciendo:

—Ha habido los siguientes conocidos. El general Manuel María de Echeagaray se pronunció en Ayotla, con su división, el 20 de Diciembre, desconociendo el gobierno de Zuloaga y proponiendo la reunión de un Congreso. El 23 del mismo Diciembre se pronunció el batallón de Celaya en San Agustín, proponiendo que una junta de notables propusiera la formación de un gobierno provisional. Al día siguiente, se pronunciaron los generales Zamborriño y Robles Pezuela, reconociendo al último como general en jefe. El general Echeagaray se despronunció el 25, adhiriéndose al acta levantada en México. Siguiéron luego los pronunciamientos de Puebla, Jalapa, San Luis Potosí, Toluca, etc.

¡Ah! Los dos pronunciamientos del general Orihuela en Toluca, no deben olvidarse.

El 29 de Diciembre se pronunció don Benito Juárez en Veracruz contra los pronunciamientos anteriores, declarándolos nulos, una vez que la única ley suprema reconocida por la República, es la Constitución de 1857. De paso debo decir que el manifiesto del Presidente constitucional, es una obra maestra.

Como efectivamente tiene gran interés histórico el manifiesto de Juárez, lo insertamos á continuación:

«Creo de mi deber dirigiros la palabra para excitaros á que redobléis vuestros esfuerzos á fin de poner término á la anarquía, restableciendo el imperio de la legalidad, única garantía de una paz duradera de nuestro país, único valladar que se puede oponer á las ambiciones bastardas de los que han fundado su bienestar en los abusos y elegido la escala de los motines para ascender á los

altos puestos de la República. Fuera de la Constitución que la nación se ha dado por el voto libre y espontáneo de sus representantes, todo es desorden. Cualquier plan que se adopte, cualquiera promesa que se haga saliéndose de la ley fundamental, nos conducirá indefectiblemente á la anarquía y á la perdición de la patria, sean cuales fueren los antecedentes y la posición de los hombres que la ofrezcan.

« Profundamente convencido de esta verdad, y cumpliendo un deber que la ley me imponía, no vacilé en recoger la bandera constitucional que D. Ignacio Comonfort había arrojado en las manos criminales de la reacción. Consideré que una vez perdida la vía de la legalidad se entronizaba la anarquía entre nosotros, porque los hombres de Tacubaya, sin la guía impasible de la ley, serían conducidos por las pasiones desencadenadas de un crimen á otro crimen, de un motín á otro motín, llevándose de encuentro el honor, la vida y los intereses de sus compatriotas y la paz de la República. Así ha sucedido. Los últimos sucesos de la capital vienen á confirmar esta triste verdad, y á convencernos de que en los hombres que mantienen la rebelión es imposible la paz. Demasiado orgullosos para someterse al yugo de la autoridad, ponen y quitan gobernantes á su arbitrio, si éstos no satisfacen sus ambiciosas pretensiones. Traicionando sus juramentos destruyeron el orden constitucional, colocando á D. Ignacio Comonfort en la silla presidencial de la República, y á los pocos días se rebelaron contra él y lo depusieron. Colocaron en su lugar á D. Félix Zuloaga, y á los pocos meses fué desconocido por D. Miguel Echeagaray, declarándose él mismo primer magistrado de la nación. A los tres días, D. Manuel Robles Pezuela modificó

el plan de Echeagaray, haciéndose jefe del motin de la capital, y tal vez á la fecha habrá tomado el título de presidente de la República, que le será arrancado mañana por otro motin, porque ésta es la suerte de los hombres que ascienden al mando supremo por el capricho de las facciones y no por la voluntad de la nación.

« Mexicanos: Meditad bien estos sucesos y decid si la República tendrá paz, libertad y garantías con tales hombres, que reaccionarios no respetan sus propias hechuras, y gobernantes ni tienen el prestigio ni la fuerza para hacerse obedecer.

« Militares: ciudadanos todos, que habeis sostenido y sostenéis con heroica constancia el orden constitucional, seguid el camino que habeis elegido, porque es el camino de la justicia y de la ley. Los sucesos de la ciudad de México os dicen muy alto que allí están el desorden y la anarquía, y que vosotros defendéis la buena causa, la causa de la ley, de la justicia y de la moralidad.

« Y vosotros, los que guiados por una sana intención prestáis ayuda á los hombres extraviados de la capital, compadeceos de nuestra infeliz patria volviendo sobre vuestros pasos, unid vuestros esfuerzos á los del gobierno legítimo, para que en breves días renazca la paz y la concordia.—Palacio del gobierno nacional en Veracruz, á 29 de Diciembre de 1858.—*Benito Juárez.*»

—Y por último, continuó diciendo Benavides, la junta de notables se pronunció la semana pasada en favor de Miramón, dejando á Robles Pezuela con un palmo de narices.

—Robles Pezuela es el actual Presidente, saltó diciendo Néstor.

—Sí, mientras llega Miramón: ahora sólo falta que éste venga y haga su pronunciamiento, que de seguro lo hará, según empiezan á decirlo algunas personas que se consideran bien enteradas.

—Y á propósito de Miramón, preguntó doña Refugio, ¿qué noticia gritaban ahora de Guadalajara?

—¡Ah! ¿no la saben ustedes? exclamó Néstor, recibimos hoy en palacio un extraordinario, en que se comunica que Miramón y Márquez estuvieron á punto de perecer el día 1° del corriente.

—¿Cómo estuvo eso? preguntó don Alejo.

—Se encontraban los jefes mencionados con otros muchos de los que acababan de llegar victoriosos de Colima, reunidos en los salones del palacio de gobierno, cuando voló el edificio con una explosión de pólvora. . . .

—Seguro que los demagogos pusieron alguna mina, exclamó doña Amparo.

—Eso se había creído al principio y eso creyó el pueblo tapatío que quiso luego castigar por su mano á los que consideraba culpables, contestó Néstor, pero Miramón procuró inmediatamente tranquilizar á todos, asegurando que el incendio del parque fué casual. Así lo ha comunicado al general Robles Pezuela.

—Si Miramón escribió la carta, ¿cómo es que voló el edificio? ó mejor dicho, si voló el edificio, ¿cómo es que está vivo Miramón? preguntó Benavides.

—En el gobierno se supone que solamente voló una ala del palacio.

—¿Y han publicado la carta de Miramón en que explica cómo estuvo el suceso?

—El gobierno acordó que se publicara la noticia diciendo solamente que Miramón, Márquez y sus oficiales

escaparon milagrosamente de ser volados, dejando en duda el punto de si el parque se incendió solo ó lo incendiaron los enemigos, pues que al fin y al cabo en tiempo de guerra no hay misericordia.

—Pero si Miramón dice en su carta que el parque se incendió sin que hubiera mina alguna, es porque ha mandado hacer reconocimientos y está seguro de lo que dice, tanto más cuanto que si tuviera la menor sospecha contra alguno, no dejaría de hacerla valer.

—Miramón tiene una alma grande y generosa, se apresuró á decir doña Amparo.

—El gobierno por lo mismo no ha querido hacer otra cosa más que dar á conocer la protección que dispensa el cielo á sus hombres, y respecto de las circunstancias que hayan rodeado al suceso, espera que el tiempo sea el que venga á señalar la verdad, pues no debo ocultar á ustedes que los señores ministros, á lo menos algunos, dicen que tienen datos diversos para sospechar que fueron los liberales los que dejaron minado el palacio de Guadalajara.

—A mí me parece que se obra con extraordinaria perfidia si se deja en la oscuridad la declaración del jefe del ejército, principalmente si tenía por mira tranquilizar los ánimos, exclamó Benavides.

—Ya veremos, ya veremos, dijo don Alejo queriendo así cortar la cuestión, estábamos en los pronunciamientos.

—Ya referí los que ha habido, siguió diciendo el abogado, ahora sólo me falta agregar que Miramón, que es hoy por hoy el árbitro de la República, escribió el 2 del presente censurando acremente la conducta de Echeagaray, al cual acusa además de haber estado en connivencia con los li-

berales de Veracruz, por cuyo motivo no ha emprendido una campaña formal contra el puerto, y proclamando que Zuloaga ha sido un inepto que no supo aprovechar sus elementos para impedir los escándalos que está dando el partido reaccionario, queriendo meterse á organizar un gobierno cuando todavía tiene delante de sí al enemigo.

—¿A cuál enemigo? preguntó Néstor con cierto des-
plante.

—Pues hombre, sería necesario no leer los periódicos para no saber que todos los días está habiendo combates desde Sonora hasta Yucatán.

—En el ministerio de la guerra, se cree que con la derrota de Degollado en San Joaquín, la cuestión de la guerra está terminada.

—Pero nosotros, tú y yo, no somos tan candorosos para creer lo que cuentan en el ministerio de la guerra, cuando sabemos que todavía no están muertos, ni siquiera prisioneros, Degollado y sus generales del Sur de Jalisco, Vidaurri y sus generales y coroneles de la frontera, Huerta, Pueblita y los temibles guerrilleros de Michoacán, Juárez y sus sostenedores en Oriente, lo mismo que otros y otros que como hormigas se mueven en toda la República, todos los que son emprendedores y tenaces. En cambio el gobierno ex-tacubayista no cuenta con más general activo que Miramón, el cual, por más que se multiplique, no puede acabar con todos y quien á estas fechas no se sabe si estará conforme con los cambios políticos que se han efectuado sin su consentimiento.

—No me creo autorizado, contestó Néstor, para entrar en ciertos pormenores que se consideran como reservados en los respectivos departamentos; pero se puede asegurar ya que el general Miramón no sólo aprueba la sepa-

ración de Zuloaga, del frente del gobierno, sino que acudirá á tomar el mando de las tropas de Oriente para dar el golpe decisivo á la revolución.

—Sí creo que viniendo él se hará con más actividad la campaña de Veracruz; pero los liberales del resto del país, ¿se quedarán con los brazos cruzados?

—¿Y qué podrán hacer cuando han perdido todos sus elementos y cuando se quedaron por allí para no dejarlos moverse Márquez y Mejía con poderosos ejércitos?

—Allá vamos, allá veremos.

—Lo mejor es que no se hable ya de política, dijo Elena, la interesante hija del comerciante don Alejo Rincón.

—La verdad es que de ninguna otra cosa puede hablarse en la actualidad, contestó éste, una vez que á todos nos interesa que el país se pacifique. La agricultura y el comercio están sufriendo mucho con esas luchas estériles.

—¿Y quién tiene la culpa? preguntó doña Amparo, los demagogos, que por fuerza se empeñan en mandar cuando nadie quiere que manden.

—Si no fuera porque atacan la religión, nosotras veríamos con indiferencia que ellos mandaran, dijo Tomasa.

—En efecto, afirmó Francisca la otra hermana de Benávides, nosotras no nos metemos en política, y lo único que queremos es que no se mezclen para nada con la religión de nuestros padres.

—Pero creo que los liberales dejan libertad á todos para que profesen las creencias que gusten.

—Eso es lo malo, exclamó doña Amparo, esa tolerancia de cultos.

—¿Por qué há de ser mala la tolerancia de cultos?

—En primer lugar, porque vienen los extranjeros, y

en segundo lugar, porque en un país católico no debe haber más que católicos. Por algo la Inquisición quemó tantos herejes.

Los hombres se sonrieron sin tomarse el trabajo de rebatir á la mujer de Néstor, considerándolo inútil, una vez que estaba tan vivamente aferrada á su fanatismo, y sólo Benavides, que era el novio correspondido de Elena, por complacer á ésta, dijo:

—Es cosa entendida que todo lo que platicamos aquí es por pasar el tiempo, sin que nuestro modo particular de apreciar las cosas públicas sirva para entibiar en lo más mínimo la estimación que nos profesamos.

Amparo y Néstor se dirigieron una mirada de inteligencia, y don Alejo se apresuró á decir:

—Ya saben ustedes que mi casa es un campo neutral, en donde todos nos vemos además como miembros de una familia.

—Una familia que no deja de enseñarse los dientes, murmuró Néstor Rincón.

—¡Llevamos tantos años de tratarnos! agregó doña Refugio sin hacer caso de las palabras de Néstor, ó mejor para desvanecer la mala impresión que pudieran producir en Benavides y sus hermanas.

Mientras tanto éste se había levantado y buscaba la manera de acercarse á Elena para deslizarla una cartita que llevaba ya lista en el bolsillo de los pantalones.

Doña Refugio también se levantó, y dijo antes de poner en planta su pensamiento:

—¿Quieren ustedes que traigan aquí el té, ó lo vamos á tomar al comedor?

—Es mejor aquí, contestó don Alejo, porque el comedor debe estar helado.

—Sí, sí, aquí lo tomaremos, aprobaron Néstor y su mujer que no querían que Domingo y Elena encontraran oportunidad de sentarse juntos.

Pero cuando la criada trajo las tazas, Benavides se apresuró á ayudar á servir las, y después de ofrecer una á doña Refugio, llenó la otra y la llevó á Elena. Debajo del platillo iba la carta hecha muchos dobleces, de la cual se apoderó la joven hábilmente, haciéndola desaparecer en el seno.

Doña Amparo observó algo, y dijo aparte á doña Refugio que se había dirigido al extremo de la sala para acercarse una mesita:

—Es necesario que tengas cuidado con Elena: me parece que están muy avanzadas las relaciones entre ella y Benavides.

—Mi marido lo quiere mucho, es su abogado, su hombre de confianza, y te diré, me parece que está algo enterado de que los dos se quieren.

—¡Jesús nos ampare! Qué sería de nosotros si entrara un impío como ese en nuestra familia!

—Ya hablaremos, contestó doña Refugio prudentemente, nos están observando.

Tomaron el té y se despidieron á poco las tres familias con la cordialidad de siempre, como si las opiniones políticas no estuvieran minando profundamente el antiguo cariño que se profesaban.



CAPITULO XXXII.

Cambio de decoración.

Ampliando los informes que se nos acaban de dar en el capítulo anterior, á grandes pinceladas diremos lo que había sucedido hasta el 20 de Enero de 1859, momento histórico de que se va á dar cuenta á los lectores de este libro.

Luego que el Presidente Zuloaga fué á esconderse en una legación, el general Robles Pezuela, reconocido por la guarnición de México y de sus alrededores como jefe del poder ejecutivo provisional, nombró una comisión en que figuraban el general Salas, el gobernador Azcárate, el general Casanova y otros de sus amigos, para que á su vez nombraran á las personas que habían de formar una gran junta electoral para nombrar Presidente conforme á los nuevos planes y proponer las bases de gobierno, y expidió

proclamas y comunicaciones, invitando á todos los partidos á la concordia.

Poco más ó menos les decía: sométanse todos, vengán á rodearme, échense en mis brazos y verán qué bien se arreglan las cosas.

Sólo que como los demás querían lo mismo, que se les rodearan y se les sometieran para gozar del poder tranquilamente, sólo obtuvo ó negativas ó indiferencia.

Juárez, Miramón, Echeagaray, Salas, Zuloaga, no había uno que no quisiera el poder para sí, ¿cómo habían de prestarse á que lo disfrutara un intruso que por pura casualidad le tocaba representar un papel principal en la escena? Por tal de que lo dejaran al frente de la situación, ofrecía el oro y el moro á los contendientes; pero Juárez despachó con cajas destempladas á los comisionados que fueron á hacerle ofrecimientos á Veracruz, y Miramón, que se había hecho ya el primer general reaccionario á fuerza de su brazo, no era fácil, como no lo fué, que consintiera en deponer su actitud belicosa.

El día 30 del mes de Diciembre de 1858, cuando se llevaba un año de estarse derramando sangre mexicana á consecuencia del infame pronunciamiento de Tacubaya, se quería dar comienzo de nuevo al desbarajuste conservador, iniciando sus funciones la junta electoral bajo la presidencia de don Mariano Riva Palacio.

Aquí es necesario advertir que, como Robles Pezuela fingía el deseo de hacer la fusión de los partidos, en la junta figuraban toda clase de personas, hasta varios liberales conocidos, que también querían ver si pescaban algo en el río revuelto.

La junta electoral, después de instalada y de discutir varios asuntos que no tuvieron importancia, nombró una

comisión para que formulara las bases de gobierno á que había de sujetarse la nueva administración, y con ese fin, fueron designados los señores don José María Cuevas, don Pedro Escudero y Echanove, don José María Covarrubias, don Ponciano Arriaga y el general don José Ugarte.

Pronto terminaron su trabajo, que se redujo á la convocación de un congreso constituyente, que se había de hacer, y á un consejo de gobierno que se había de nombrar, y mientras tanto, se regiría el gobierno por unos estatutos que había de publicar en el término de un mes, y los cuales él mismo se haría á su gusto.

¡Y pobre país éste, se nos ocurre exclamar en presencia de tantas infamias que se han sucedido, cómo lo han hecho su juguete tantos ambiciosos, sin conciencia y sin corazón!

La junta electoral volvió á reunirse el día 1° de Enero de 1859, y después de ocho horas de un trabajo parlamentario, completamente estéril, porque la dichosa junta estaba bordando en el vacío, bajo la candorosa creencia de que los puros, moderados, clericales y monarquistas, (en aquel tiempo ya los había) iban á darse un estrecho abrazo, á la una y media de la mañana del día 2, puso término á su laboriosa gestación, dando á luz el nombramiento de Miramón para Presidente interino de la República.

A las once y media de la noche, mientras la junta deliberaba en los salones que habían servido para el congreso cuando lo había, los de la Presidencia que estaban lujosamente iluminados, también se veían muy concurridos. Todos los hombres de la política, entre los que no dejaban de verse algunos eclesiásticos, interesados en co-

nocer pronto las graves cuestiones que iba á resolver la junta electoral, se habían agolpado al palacio, y como las puertas de los departamentos en que funcionaban los notables estaban cerradas, y además hacía mucho frío en los corredores, se habían invadido las antesalas de Robles Pezuela, quien estaba en su despacho conocido con el nombre de «El Baluarte,» rodeado de unos pocos amigos, todos militares, menos Azcárate que era el Prefecto superior del Distrito. Robles Pezuela no podía estarse sentado en su sillón, sino que se levantaba, se cruzaba las manos por la espalda y daba vueltas casi circulares, en razón de que una mesa que había en el centro de la pieza, le impedía pasearse en línea recta.

De repente se abrió la puerta del gabinete y apareció el general Salas.

—¿Qué hay? le preguntó Robles Pezuela saliéndole al encuentro.

—Hemos votado cuatro veces, sin que ninguno de los candidatos obtenga mayoría.

—¿Quiénes han obtenido los votos?

—En primer lugar, Su Excelencia, y en seguida Miramón, Zuloaga, Márquez, yo, y hasta Su Ilma. el señor Arzobispo.

—¿Y ahora?

—Ahora se nos acaban de conceder diez minutos de descanso, para que nos pongamos de acuerdo, á fin de que la votación sólo quede entre los dos candidatos que han obtenido más votos, esto es, entre V. E. y Miramón.

—¿Y usted qué cree, general?

—Yo creo que V. E., tiene que triunfar por tres ó cuatro votos, aunque en estos momentos los miramonistas, estando á la cabeza don Crispiniano del Castillo y el

mismo hermano de Miramón, don Bernardo, están moviéndose de un modo vertiginoso. Emplean tanto las promesas como las amenazas. Aseguran que si el general Miramón no sale electo Presidente, declararán nulo todo lo que se ha hecho y volverá Zuloaga á la presidencia.

Robles Pezuela se apretó una mano contra otra, haciéndose tronar los dedos y dijo nerviosamente á Salas:

—Vaya usted, general, vaya usted, y que la Providencia Divina sea la que inspire los actos de la junta.

Azcárate, que comprendió la posición delicada de Robles Pezuela, que no quería recomendarse á sí mismo con un hombre tan severo como el general Salas, intervino en la conversación diciendo:

—De la decisión de la junta depende el porvenir de la República. Si acaso elige al general Miramón, no habrá transacciones con los partidos y seguirá la guerra.

—Ese es el argumento que se hace valer por los amigos del señor Presidente, respondió Salas que no quería dar color en la cuestión, dicen que él es quien ha iniciado la concordia, que bajo esa inteligencia se han acordado las bases de gobierno, las cuales serían completamente inútiles si triunfara la candidatura del señor Miramón, que aseguran es intransigente con el elemento liberal.

—Es lo que está diciendo siempre Miramón, acentuó Azcárate, que aniquila á los liberales ó lo aniquilan á él, sin aceptar con ellos transacción de ninguna especie.

—Yo creo, dijo Robles Pezuela, que esa es una intransigencia irracional. Los dos partidos que están en lucha, tienen casi las mismas fuerzas: se puede decir que la

mitad de la República está combatiendo contra la otra mitad, de modo que será necesario que se derramen torrentes de sangre para que uno de los dos partidos se sobreponga al otro, ¿y debemos consentir todos en el aniquilamiento de nuestra Patria? No, señores; es preciso hacer algo para evitar ya los horrores de la guerra civil. ¿Dicen que Juárez no se someterá cuando se le abran los brazos? Entonces de él será la responsabilidad de la sangre que se derrame y probablemente su mismo partido le echará en cara su necio capricho. Pero no es tiempo de hablar de estas cosas, cuando se está jugando un albur de tanta importancia en el seno de la junta. . . . Vaya usted, general Salas, vaya usted, que debe hacer falta su voto.

El general Salas, salió diciendo para sus adentros:

—Si supieras cuál va á ser mi voto, no tendrías tal empeño en mandarme á votar.

En efecto, el general Salas estaba ya comprometido con los miramonistas, y lo mismo que los demás militares creía que todo aquello que se estaba haciendo era una farsa, una vez que no podía haber más voluntad que la de Miramón, para que el ejército sostuviera el plan que á aquel se le antojara al final de cuentas.

Y todos los demás lo comprendían así, pero les gustaba estar jugando á la política, tanto para figurar, como por lo que pudiera venir más adelante.

Una vez que se alejó Salas, se aproximaron á Robles Pezuela los generales Rosas Landa y Gamboa. El primero dijo con toda franqueza:

—Si el general Miramón ha reprobado los pronunciamientos, es probable que también repruebe lo que se haga en la junta.

—Pero el general Miramón, lo que dice es que va á venir para formar juicio de los acontecimientos. A quienes censuró fué á Zuloaga y á Echeagaray en sus primeros actos; pero las notas que ha seguido cambiando después conmigo han sido de lo más cordiales.

—De todas maneras, dijo por su parte Gamboa, lo que haga la junta tendrá tal vez que ser modificado por lo que disponga el general Miramón.

—Hay rumores, agregó Azcárate de que el general Miramón piensa hacernos retroceder al plan de Tacubaya.

—Eso sería ridículo, murmuró el Presidente.

—Y más, después de la declaración que hizo el «Boletín Oficial.»

—¿Qué declaración? preguntó Rosas Landa.

—Esta, contestó Azcárate desdoblando el periódico: «... el restablecimiento en la Presidencia de la República del señor Zuloaga, es una especie que dudamos pueda ahogar á persona alguna.» y al fin del artículo: «Tan despreciables especies no merecen otra refutación que la que llevan en sí mismas.»

El coloquio fué interrumpido por la noticia que cayó como bomba entre los amigos del Presidente, y que á él le dejó aplastado, de que Miramón había sido electo en la junta por una mayoría de cincuenta y un votos contra cuarenta y seis que obtuvo Robles Pezuela.

Lo gracioso fué que todos empezaron á alejarse de éste desde luego, como si estuviera apestado, y aun los mismos que estaban en su despacho, encontraron pretextos para ausentarse, dejándolo sumido en las reflexiones que inspiran á los desengañados las vanidades de este mundo.

—¡Vamos! exclamaba cuando estaba metiéndose en su lecho á la madrugada del día 2, yo estaba soñando en la unión y en la paz, en ser un presidente conciliador y abnegado, y sólo seguiré siendo tal vez un instrumento del bando sediento de sangre que dirigen las gentes de Iglesia!

Siguieron dieciocho días de inmortal incertidumbre, sin que fuera turbada la calma aparente que reinaba aún, con el despronunciamiento de Orihuela en Toluca que proclamó otra vez el plan de Tacubaya y la obediencia de las tropas al general Miramón.

El día 20 en la noche, fué cuando estalló la bomba. Se recibió el correo del interior haciendo estallar la mina palaciega.

Robles Pezuela se encontraba en su despacho, rodeado de los principales personajes de la política que ya esperaban algo sensacional. El Presidente no pudo ocultarles los mensajes, una vez que para conocerlos estaban allí, y tuvo que mandar leer en voz alta uno muy extenso de Miramón, firmado el día anterior en Querétaro, en el cual decía en substancia: que no podía aceptarse lo que se había hecho en México, porque los dos partidos que luchaban eran irreconciliables y ya el partido liberal estaba casi vencido, de modo que para nada eran necesarios los hombres que lo formaban en las esferas de la política; que su primer movimiento cuando supo el escándalo de los pronunciamientos, había sido volar á la capital para enderezar las cosas; pero que por una parte no quiso aumentar las dificultades, y por otra no podía alejarse sin que se organizaran antes los Estados de Occidente, ya que tanta sangre le habían costado sus últimas victorias, ni podía tampoco

dejar el país á merced de los bandidos que seguramente se habrían envalentonado con su ausencia; que no había hecho renuncia desde luego del nombramiento que habían dado en su favor para Presidente de la República, por no desairar á tantos como le decían que él solo era el que podría dirigir en aquellas circunstancias la nave del Estado, y cuando el mismo Zuloaga, dando ejemplo de abnegación, le instaba para que acudiera á encargarse del mando, no obstante todo lo que quería que se restableciera en todo su vigor el plan de Tacubaya, volviendo las cosas al estado que guardaban, reprobando naturalmente todo lo que se había hecho sin su anuencia, por más que se le arguyera que se trataba de hechos consumados, y por último, que lo único á que aspiraba para dar buena dirección á la guerra, era á que se le nombrara y reconociera como general en jefe de todo el ejército, en cuyo sentido escribía ya á todos los jefes que tenían mando de armas.

¡Ya se deben suponer los lectores qué cara pondrían todos aquellos personajes que habían hecho sus pronunciamientos, sus juntas y sus elecciones sin contar con la huésped!

—¡Pues la amolamos! exclamó Rodríguez de San Miguel que era muy francote.

—Yo lo había anunciado, dijo Rosas Landa, y me lo sospechaba, no por el general Miramón que seguramente no aspira á la presidencia, sino por las gentes que lo dominan.

—Lo cual quiere decir que habla por boca de ganso, murmuró Gamboa.

Por fortuna todos estaban preocupados y no se fijaron en estas palabras, tanto más cuanto que en esos mo-

mentos Robles Pezuela, que se había quedado pensativo, exclamó:

—Quiere decir que nosotros tendremos que retirarnos.

—Naturalmente, apoyó Rodríguez de San Miguel: mañana ó pasado llegará Miramón y nombrará su Presidente y su ministerio.

—No tiene que nombrarlo: el Presidente es el general Zuloaga, repuso Robles Pezuela, el mismo á quien nosotros hemos derribado por inepto.

—La cosa no puede ser más ridícula, agregó Casanova.

—Lo más gracioso será que Zuloaga, una vez en el poder, dijo Azcárate, nos ponga en la cárcel y nos mande formar causa.

—Estaría en su más perfecto derecho, contestó Robles Pezuela, una vez que estamos declarados rebeldes.

En esos momentos recibió una misiva del general Salas, en que le decía que los jefes de la guarnición estaban reunidos en su casa y que iban á mandarle dos comisionados para comunicarle un asunto importante.

Media hora después se presentaron los generales Calleja y Valle que eran los comisionados, y el negocio que llevaban, era comunicarle que el general Miramón ordenaba por telégrafo tres cosas: primera que la guarnición lo reconociera sin dudas ni vacilaciones como general en jefe del ejército; segunda, que se proclamara desde luego, también sin vacilaciones, el restablecimiento del plan de Tacubaya, y tercera, que se entregara la Presidencia interinamente, sin excusa ni pretexto, al general Mariano Salas.

Esto dicho así de corrido en estas cuantas líneas, los comisionados lo dijeron en tres horas, y fué necesario que Robles Pezuela mandara escribir una larga exposición, buscando para todo ello las buenas formas, aunque en la esencia vino á ser lo mismo. Para redondear el punto se estuvieron cruzando telegramas con Miramón, hasta la una de la mañana, hora en que quedó resuelto que Robles Pezuela entregara el poder al general don Mariano Salas, que sería Presidente provisional mientras llegaba el general en jefe del ejército.

La entrega del poder se verificó á la una y media de la mañana.

Con ese motivo el «Diario de Avisos,» publicó la siguiente observación, respecto á coincidencias: «. . . . á la misma hora salió el general Zuloaga del Palacio nacional el 24 de Diciembre: á la misma hora fué nombrado Presidente Miramón el 2 de Enero, y por último la restauración del orden de cosas, creado por el plan de Tacubaya, se verificó á la una y media de la mañana el 21 de Enero de 1859, exactamente al año cumplido hora por hora del triunfo del mismo plan en 1858.»

De manera que en un año sólo se había representado un acto de comedia presidencial, volviendo á presentarse el mismo escenario al levantarse el telón en 1859. . . . y para llegar al mismo punto de partida, se habían sacrificado miles de hombres, se habían destruido grandes propiedades y se habían gastado muchos millones de pesos.

El asunto como trágico, visto por el lado cruento no podía menos que lamentarse, ya era un río de sangre el que había corrido; pero como sainete no pudo menos

que hacer reír á las personas imparciales aquella Presidencia de Robles Pezuela que sólo duró veintiocho días, y todos aquellos generales, con sus pronunciamientos, todas aquellas ciento y tantas personas con su junta electoral, todo aquel consejo de gobierno, todo aquel castillo de naipes desvaneciéndose al soplo de un solo hombre que, con un golpe de audacia, supo poner á toda aquella gente ambiciosa de rodillas ante su voluntad.

